

El Norte de Castilla *ante la guerra de Cuba (1895-1898)*

Juan Andrés Blanco Rodríguez

Universidad de Salamanca

La posición de los periódicos castellanos sobre la guerra de 1895 responde, en líneas generales, a las distintas posiciones políticas e ideológicas de carácter general a las que están vinculados -siendo utilizado el tema de la guerra de Cuba como un elemento más de enfrentamiento político a nivel nacional-, sin traducir apenas posturas de carácter regional o local. Puede observarse este hecho en el estudio de Francisco Javier León Correa sobre la prensa en León en el último tercio del siglo XIX¹.

La guerra de Cuba de 1895 es profusamente tratada en la prensa castellana de esos años, sin apenas análisis en profundidad sino en función de las controversias políticas y la marcha de la misma desde una perspectiva nacional². Así, cuando en julio de 1895 Cánovas promulga un indulto general de la prensa por los delitos políticos, se excluye a «aquellos que van contra la integridad de la patria en Cuba y Filipinas».

En el periódico de mayor difusión de ambas Castillas y León, con exclusión de los madrileños de ámbito nacional, *El Norte de Castilla*³, que puede ser considerado como un buen representante de una versión significativa de los intereses castellanos de los que se presenta como portavoz, no se olvida el tema cubano y los distintos proyectos de reforma que se elaboran desde el Gobierno antes de la guerra de 1895⁴.

¹ F.L. León Correa, *León en el último tercio del siglo XIX. Prensa y corrientes de opinión (1868-1898)*, León, Diputación Provincial, 1988.

² Véase A. Elorza, «Con la marcha de Cádiz. Imágenes españolas de la guerra de independencia cubana», en *Estudios de Historia Social*, nº 44/47, 1988, pp. 327-386.

Para comparar la posición de la prensa burguesa con la posición de la situada más a la izquierda puede verse el estudio de M^a Teresa Noreña, «La prensa obrera madrileña ante la crisis del 98», en J.M^a Jover y otros, *El siglo XIX en España. Doce Estudios*, Barcelona, 1974, pp. 571-611. Véase asimismo el trabajo de M^aA. Cordero, *El 98 a través de «El Norte de Castilla»*, Memoria de Licenciatura. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Valladolid.

³ Como se encarga el propio periódico de manifestar reiteradamente a lo largo de los meses de febrero y marzo de 1895.

⁴ Véase *El Norte de Castilla* (en adelante *ENC*), 26 de enero de 1895, «El problema antillano» y también «La fórmula», artículo aparecido el 1 de enero de ese mismo año comentando la propuesta que está elaborando el ministro Abarzuza.

La primera referencia al inicio de la guerra de 1895 aparece el 27 de febrero aludiendo a la «suspensión de las garantías constitucionales en la gran Antilla», que siguiendo la información aportada por el Gobierno se justifica en la actuación de partidas de bandoleros⁵ y a la que por primera vez el 2 de marzo se denomina «intentona separatista», contra la que se pide un castigo ejemplar y una campaña enérgica: «Hoy no pelagra afortunadamente -se afirma el 2 de marzo-, ni puede peligrar la integridad del territorio nacional. Nadie que no esté loco piensa que el filibusterismo triunfe. Pero pelagra la dignidad de España, que no es compatible con que las cosas continúen como hasta hoy. Es necesario acabar de una vez enviando barcos si barcos son precisos, hombres si hombres son precisos, cuanto contribuir pueda a hacer que se respete la bandera española en todo el territorio cubano»⁶. Al día siguiente, con escasa visión de futuro, se insiste en que el levantamiento no reviste las dimensiones de movimientos anteriores⁷.

Se confunden los deseos con la realidad, que por otro lado no se conoce con precisión debido a la política de censura que aplica el Gobierno a toda la información referida al conflicto cubano.

Los condicionamientos del fervor patriótico

El Norte de Castilla se incorpora a la ola general que en nombre del nacionalismo y del principio de la «integridad de España» pide mano dura y una rápida represión de lo que se considera mera acción de bandoleros y desaprensivos que agitan de nuevo la bandera del separatismo: «Mantener a toda costa y por todos los medios la integridad del territorio nacional es el primer deber de todo gobierno (...) [si] el Gobierno y sus delegados necesitan desplegar las mayores energías, no conviene que prescindan de ningún medio y pueden contar con el apoyo firme, entusiasta, decidido, incondicional de todos los españoles sin excepción, porque así lo reclama el patriotismo»⁸.

⁵ Desde hacía tiempo la prensa conservadora peninsular insistía en la relación que en su opinión existía entre el bandolerismo y los conspiradores independentistas. Como apuntan Moreno Fragnals y Moreno Masó, «esta afirmación, aunque lanzada con interés político inmediato de desprestigiar a los independentistas, no era totalmente falsa». El llamado bandolerismo en Cuba en esta época es un fenómeno poco estudiado. Sin duda es un fenómeno social que se había intensificado tras la Guerra de los Diez Años. A la vuelta del general Polavieja a Cuba en 1890, ahora como gobernador, establecerá como uno de los objetivos de su política terminar con el bandolerismo, según la propaganda de la época. Polavieja llevó a cabo una intensa campaña contra el bandolerismo en la que movilizó a más de 7.000 soldados capturando a 164 «bandidos, cómplices y encubridores». Véase M.R. Moreno Fragnals y J.J. Moreno Masó, *Guerra, migración y muerte (El ejército español en Cuba como vía migratoria)*, Gijón, Júcar, 1993. Sobre este fenómeno del bandolerismo puede verse H. Thomas, *Cuba: la lucha por la libertad, 1762-1970*, Barcelona-México D.F., 1973, tomo I.

⁶ «Partidas en Cuba», *ENC*. Véase también el número del día anterior, «Lo de Cuba».

⁷ «Rapidez y energía», 3 de marzo de 1895.

⁸ «Los sucesos de Cuba», 28 de febrero de 1895.

Esta posición responde a la tónica general. Como afirma Antonio Elorza, al margen de algunas referencias a lo negativo de la guerra, en un principio prevalece la exaltación patriótica: «Con la excepción de las argumentaciones críticas de Pi y Margall, la marea lo cubre casi todo»⁹.

La denuncia de la redención en metálico, que hace que los costes de la guerra recaigan sobre las clases populares, es el único indicio de racionalidad. *El Norte de Castilla* no participará en esta denuncia a pesar de que el problema afectará muy duramente a Castilla. Al contrario, con manifiesto fervor patriótico se exalta el hecho de la pretendida avancha de voluntarios que desde los dos Regimientos de Infantería de Valladolid se alistan para ir a Cuba: «No pudo menos de verse con sorpresa -se afirma el 3 de marzo de 1895-, aun siendo esto en España cosa tenida por natural, el gran número de militares que voluntariamente se ofrecían para combatir los enemigos del orden y de los supremos intereses de la patria en la manigua cubana, sin cuidarse ni un ápice de las tremendas amenazas de aquel clima, ni de las penalidades consiguientes a toda lucha»¹⁰.

Como ocurrirá en otras ciudades, se despide a los soldados con música en medio del fervor patriótico de militares y población civil¹¹. La realidad no era tan festiva para los que marchaban y sus familias y pronto estos actos patrióticos exaltados por quienes se libran de ir a la guerra se convertirán en algo muy distinto.

El velo patriótico sirve para tergiversar la dura realidad que lo es más si cabe, en cuanto al envío a Cuba, para los reservistas. No se ahorran epítetos y comparaciones para maquillar una triste obligación claramente discriminatoria, jaleada por aquellos cuya posición económica les permite eludirla. La realidad no debía ser tan entusiasta, pues en algún artículo se critica la no asistencia de autoridades, tan dispuestas en los primeros momentos a esos baños de manifestaciones populares¹². Las manifestaciones de apoyo y el entusiasmo no debían ser tan espontáneos, ya que se obliga a los jefes, oficiales y tropa francos de servicio a acompañar a las fuerzas expedicionarias en los actos de despedida¹³.

Las distintas salidas de tropas hacia Cuba tendrán un amplio tratamiento informativo perfectamente barnizado de fervor patriótico. Se destacan las referencias a la participación de los estudiantes universitarios en los diversos actos de recogida de donativos para los soldados y en las manifestaciones de despedida, aspectos que son muy valorados desde *El Norte*. Ni una palabra al hecho de que serán estos estudiantes quienes, por su posición económica, se libren de acudir a una guerra que esos soldados a los que se despide no pueden evitar¹⁴.

⁹ A. Elorza, «Con la marcha de Cádiz», ob. cit., p. 340.

¹⁰ «Tropas a Cuba».

¹¹ El resto de la prensa castellana tiene en este aspecto un comportamiento parecido. A mediados de agosto de 1895 toda la prensa leonesa se hace eco, sin asomo de crítica, de los diversos actos festivos con los que son entusiastamente despedidos los soldados del Regimiento Burgos, con sede en León, que se incorporan a la contienda. Véase F.J. León Correa, ob. cit., p. 340.

¹² «Los reservistas», 10 de agosto de 1895.

¹³ Véase *ENC*, 21 de agosto de 1895.

¹⁴ Véase *ENC*, 17, 19 y 20 de noviembre de 1895.

El supuesto apoyo popular al envío de tropas manifestado incluso por los que tienen que ir seguirá siendo durante 1896 y 1897 uno de los motivos y formas de tratamiento de la guerra por parte de *El Norte*. Durante 1898 se renovarán las manifestaciones patrióticas con ocasión de la salida de nuevas tropas una vez iniciada la guerra contra Estados Unidos¹⁵.

Otro motivo de exaltación patriótica será la campaña iniciada en la primavera de 1896 para la creación de batallones de voluntarios. Sería una manifestación más del patriotismo del pueblo español que «no sólo se apresura a poner en manos del Gobierno cuantos recursos se le piden y a facilitarle cuantos hombres se hacen precisos, sino que lleva todavía más lejos su patriotismo, creando juntas y estableciendo organizaciones para arbitrar voluntariamente más fondos y reclutar del mismo modo más hombres con destino a la guerra». A tal efecto se constituye en Valladolid una Junta presidida por el Arzobispo, cardenal Cascajares -amigo del gerente de *El Norte*, Santiago Alba- e integrada por diputados y representantes de las fuerzas vivas de la provincia, que se dirigirá en demanda de apoyo económico a los distintos ayuntamientos para «encauzar las vigorosas energías populares que salen y se agitan individualizadas en cada uno y que están, como siempre lo estuvieron, propensas a mostrarse colectivamente y dispuestas a ponerse al servicio de nuestro hermoso y envidiable patriotismo para salvar el honor nacional comprometido»¹⁶.

El estímulo del patriotismo no debía ser suficiente pues en la prensa se insertan anuncios solicitando la incorporación a estos batallones de voluntarios «con el premio de 300 a 500 pesetas, según los casos, diez reales diarios hasta la incorporación (...) y además de otras muchas ventajas que la ley concede a los voluntarios de Ultramar tendrán todos los meses 20 pesetas 83 céntimos, que si lo desean podrán cobrar sus familias en la península en los puntos que designen»¹⁷.

Esta realidad que se maquilla, se adorna de espíritu patriótico sólo expuesto por quienes no tienen que certificarlo con los hechos, cuando no se tergiversa, contrasta con las noticias que posteriormente aparecerán sobre la negativa de reservistas a ser enviados a la guerra, noticias que serán presentadas como manifestaciones de desórdenes públicos que no merecen más comentarios.

Frente a la injusticia en la desigual contribución social a la guerra, sólo la constatación de las duras consecuencias familiares que tiene la marcha de muchos quintos y principalmente reservistas: «No es un secreto para nadie- se afirma en un artículo titulado 'Patriotismo y caridad'-, que entre aquellos jóvenes valerosos en cuya indomable bravura tenemos hoy todas cifradas nuestras esperanzas de próximos y gloriosos triunfos había no pocos que (...) han tenido que dejar en el abandono y en la miseria, unos a sus esposas y a sus hijos, otros a padres ancianos y desvalidos cuyo

¹⁵ Véase el reportaje «Tropas a la campaña», 25 de mayo de 1898.

¹⁶ Circular de la *Junta provincial para la formación de un batallón de voluntarios. Valladolid*. «El Batallón de voluntarios», 16 de abril de 1896.

¹⁷ *ENC*, 11 de agosto de 1896.

sustento pendía en todo de sus jornales o de su trabajo»¹⁸. Frente a esta situación se recurre no a la justicia sino a la caridad y al paternalismo. En Valladolid se constituye en septiembre de 1895 una Junta presidida por el arzobispo de la diócesis para recabar socorros en dinero y en especie para ayudar a los familiares de los expedicionarios a Cuba¹⁹.

Ante la agitación que tiene lugar en julio de 1896 en algunas ciudades con manifestaciones contra el embarque de nuevas tropas para Cuba, desde *El Norte* se rechaza que supongan «señal de tibiezas en el patriotismo», ni mucho menos lo que realmente es, una crítica abierta al sistema de reclutamiento²⁰. Se debería a la decepción sobre la marcha de la guerra²¹.

De hecho, la única opinión en contra del sistema de reclutamiento recogida en *El Norte de Castilla* es la del diputado en Cortes Eustaquio de la Torre Mínguez con ocasión del número extraordinario que en honor del Ejército se publica el 6 de enero de 1897, y para el que no sólo es injusta sino incluso inconstitucional: «La ley para el reemplazo del Ejército -afirma-, por ser la ley más dura, debiera ser la más justa; es una ley de odioso privilegio que no encarna bien ya en las costumbres igualitarias de la época actual. Muchos son los defectos que se denuncian, así en las exenciones que señala como en el procedimiento y competencia que establece, pero la redención a metálico rebasa los límites de la justicia y puede ser apreciada como infracción manifiesta de la Constitución del Estado. Bien está y grandísimo honor hacen a España ante el mundo la marcha de 200.000 soldados, prestando santa obediencia al llamamiento agudo de la patria; mas es preciso borrar el privilegio y hacer la igualdad, haciendo una ley en perfecta armonía con la Constitución»²².

Al margen de estas opiniones aisladas, en las páginas de *El Norte de Castilla* se pasará por alto la cuestión de la flagrante injusticia que supone la desigual contribución humana al esfuerzo bélico²³. Se reiterará que unos grupos sociales aportan su esfuerzo personal y otros su contribución económica. Para los que van a la guerra se reclama el arropamiento patriótico, la consideración social, la posibilidad de la gloria²⁴ y la conmiseración y la caridad en la desventura.

¹⁸ Véase también en el mismo sentido «La guerra», 28 de diciembre de 1896, en el que se vuelve sobre los deberes con la patria y la «comprensión» del dolor de los familiares de los reclutas pero sin entrar en ningún momento en la injusticia palmaria que supone el sistema de reclutamiento y redención.

¹⁹ «Patriotismo y caridad», 6 de septiembre de 1895. Se hace eco de una circular de la mencionada Junta.

²⁰ En la sección de noticias por telegrama se recogen algunas de las manifestaciones de las mujeres que participan en los desórdenes, entre ellas «¡Si van soldados que vayan pobres y ricos!». *ENC*, 2 de agosto de 1896.

²¹ «Un síntoma», 19 de julio de 1896.

²² «Sin privilegio».

²³ Periódicos como *El Socialista* insistirán en esta desigual contribución alentando campañas en contra del envío de tropas. Véase, como ejemplo, «A defender nuestra clase», artículo publicado en el órgano socialista el 21 de enero de 1898. Un planteamiento más global puede verse en N. Sales de Bohigas, «Servicio militar y sociedad en la España del siglo XIX», en VV.AA., *Sobre esclavos, reclutas y mercaderes de quintas*, Barcelona, Ariel, 1974, pp. 207-246.

²⁴ En un artículo publicado el 20 de junio, «Cuestiones militares», se alabará la decisión de Martínez Campos de abrir a los sargentos en operaciones la posibilidad de ascensos por méritos de guerra, posibilidad que hasta ese momento no existía.

Se jalearán las supuestas virtudes del soldado español que va a Cuba, «ese ejército que por lo sufrido, por lo leal, por lo valiente, no tiene rivales en ninguna nación del mundo». Se insistirá en ese supuesto fervor patriótico tan fácil de defender por los que se libraban o libraban a sus hijos de los sacrificios que imponía el patriotismo²⁵. Cuando la marcha de la guerra y la triste realidad de las penalidades de esos soldados se impongan, la exaltación patriótica se reduce y se insiste en la caridad de la que son acreedores. Desde el periódico castellano se aplaudirán y apoyarán diversas campañas de ayuda a los soldados que van a Cuba o vuelven de ella enfermos²⁶.

Ante las noticias a mediados de 1896 sobre las numerosas bajas por enfermedad, desde *El Norte* se las tacha de alarmistas y se aportan las referencias oficiales²⁷. No sólo no se critica la situación sino que se hace eco de informaciones interesadas aparecidas en periódicos habaneros que resaltan la «buena» situación sanitaria y de abastecimiento en Cuba²⁸. Se insistirá en la mejora sanitaria en relación a campañas anteriores y en el esfuerzo que se viene realizando en esa dirección de tal forma que, a partir de los datos oficiales, afirma en octubre de 1896 que «la situación es, sin embargo, relativamente satisfactoria, y si eliminamos el grupo de fiebre amarilla, la proporción de enfermos y muertos es más beneficiosa aún que en la Península»²⁹.

Cuando las consecuencias nefastas para el Ejército español de la estrategia seguida por Weyler sean manifiestas y desde ciertos medios de prensa como *El Heraldo* y *El Imparcial* se inicie a finales del 96 una campaña que, sin poner en cuestión la guerra como tal, se denuncia el resultado de la gestión del capitán general por su mezcla de corrupción y extrema dureza que suponen la pérdida del Ejército por la vía de la enfermedad, el hambre y las pésimas condiciones de hospitalización³⁰, *El Norte de Castilla* se hace eco del enfrentamiento entre el Gobierno y estos medios de prensa pero sin entrar en análisis en profundidad sobre las causas. Sobre los trágicos efectos que tendrá la política de reconcentración sobre la población cubana sólo aparecerán noticias sueltas sin comentario en el apartado de información por telegrama.

El Norte también va a reproducir periódicamente distintos datos aparecidos en otros medios de prensa y referidos a hospitalizados y muertos en combate o por distintas enfermedades³¹. Sin embargo, la dura situación que sufre la tropa española

²⁵ «Patriotismo y heroísmo», 18 de mayo de 1895.

²⁶ Véase «Socorros para los soldados», 2 de octubre de 1895. Se recoge y apoya una circular de la Asamblea de la Cruz Roja.

²⁷ «Mortalidad del ejército», 2 de julio de 1896.

Otros medios de prensa como *El Imparcial* o *El Socialista* publican abundantes referencias. Véase el número del 30 de septiembre de 1897 de *El Imparcial* y el correspondiente al 17 de diciembre del mismo año del diario socialista.

²⁸ «La salud del soldado», 22 de julio de 1896.

²⁹ «La salud del ejército», 6 de octubre de 1896.

³⁰ Véase A. Elorza, ob. cit., pp. 361 y 366.

³¹ Véase por ejemplo «Datos de mortalidad», 3 de octubre de 1895. En ocasiones se aportan estadísticas oficiales tratando de reflejar la mejora en la situación sanitaria en relación con la pasada Guerra de los Diez Años. Véase «Estadística sanitaria», 14 de mayo de 1897.

desde su traslado a Cuba en los vapores de la Compañía Trasatlántica hasta su regreso a España si es puesta de manifiesto por los corresponsales militares que el periódico tiene en Cuba. En una de esas informaciones, tras poner de manifiesto las comodidades de los modernos vapores de la mencionada compañía, pero en primera y segunda clases, se afirma: «Toda medalla tiene su reverso y éste en las embarcaciones lo constituye el pasaje de tercera. Los soldados, que son los que en este barco lo forman, van en malísimas condiciones. Incapaces las literas de dar alojamiento a 1.350 hombres, han habilitado para camarotes las bodegas que en otros viajes se destinan al cargamento; el calor en ellas es tan asfixiante, y tan intenso el mal olor, que puede asegurarse, sin temor a exagerar, que si obligados se vieran estos desgraciados a pernóctar en ellas, muchos de ellos sucumbirían en tan inmundas pocilgas, que no otro nombre merecen dependencias tan indignas de ser habitadas por personas». Los soldados han de dormir en cubierta «sobre la tabla dura, y aguantando los ardorosos rayos del sol y las lluvias». Comida en malas condiciones y estrictas restricciones de agua. Frente a este cuadro el comentarista del periódico se limita a impresionarse por el tema del agua y a solicitar cortésmente: «¿No vale la pena que para los sucesivos envíos de tropas se evite ese sufrimiento horrible a los que han de luchar y de morir, acaso, por España»³².

Las informaciones de estos corresponsales irán dando cuenta de la penosa situación en la que se desarrolla la guerra para los soldados españoles sin que estas manifestaciones merezcan más atención en el periódico que las manidas referencias al espíritu de sacrificio del soldado español que realiza la guerra en un medio hostil³³. Al margen de estas crónicas, las referencias a las bajas y sufrimientos de los soldados están envueltas en la capa del patriotismo. En nombre de éste se criticará el desentendimiento de las autoridades frente a llegada de los que regresan de una campaña cuyo fin no se acaba de ver³⁴. En cualquier caso, la crítica no deja de ser circunstancial y no entra en el fondo del problema, cuando no se afirma con naturalidad que «en la guerra la muerte es un producto naturalísimo. ¡Siga la guerra así, heroica, brillante, impetuosa, hasta que todos se arrodillen ante nuestro poder!»³⁵. Fácil verbalismo patrioter para quienes su máxima contribución al esfuerzo bélico es jalearlo.

La situación que en buena medida se ignora era pavorosa. Como afirma M. Fernández Almagro, en la guerra del 95 murieron 53.000 soldados españoles de hambre y enfermedades por unos 2.000 en combate o a consecuencia de él. Extraña situación de un ejército colonial donde, como afirma Elorza, «gracias a la figura del 'sustituto' la burguesía hace manifestaciones de patriotismo en la metrópoli mientras

³² «De Coruña a Cuba», 6 de octubre de 1895.

³³ Véase «Horrores de la guerra», 17 de febrero de 1897.

³⁴ Véase el suelto «Otro soldado sin recursos», 4 de agosto de 1896 y «Los que regresan de Cuba», 3 de octubre de 1897.

No deja de hacerse referencia a las iniciativas de distintas administraciones provinciales en favor de estos soldados. Véase como ejemplo «Zamora», 2 de diciembre de 1896.

³⁵ «¡¡Viva el Ejército!!», 23 de diciembre de 1895.

evita a sus hijos los riesgos de la expedición y los carga en cambio generosamente sobre las clases populares (...). Unos podían pedir la guerra en la calle, los estudiantes que gozaban luego de la redención a metálico, mientras otros pagaban la factura del honor nacional en la manigua»³⁶. Desde *El Norte* simplemente se hablará de las desgracias que aquejan a la patria y a sus hijos en Cuba pero sin entrar en el fondo del problema.

El patriotismo interesado lo cubre todo, fundamentalmente en los primeros meses de la guerra. Liberales y republicanos insistirán en el coste económico de la contienda, si bien se muestran inclinados a realizar los esfuerzos necesarios oponiéndose a la lucha de intereses comerciales entre la burguesía peninsular, en especial catalana, y la cubana, pues, como se afirma en *La Montaña*, «está antes la integridad del territorio nacional y la conservación de la última reliquia de nuestro antiguo imperio americano y el honor de la España moderna, que la prosperidad de los industriales peninsulares o cubanos; hay que sacrificarse por Cuba, de modo que los separatistas no puedan invocar el interés material de la producción antillana para sus propietarios y no se pueda achacar a España que explota económicamente su soberanía en América»³⁷.

Otro tema que se aprovecha para jalearse el patriotismo va a ser la pretendida aportación económica del pueblo español para financiar el esfuerzo bélico. A ella se harán numerosos referencias, muy en particular con ocasión del empréstito de 400 millones que se hace con la garantía de los ingresos por aduanas. Desde *El Norte* se alaba lo que se considera una muestra «de fortaleza y de patriotismo» al cubrirse rápidamente con creces³⁸. El interés primaba sobre el desprendimiento patriótico.

El patriotismo impone asimismo al principio el fomento de una visión optimista de la marcha de la contienda, al margen muchas veces de la realidad que se conoce. *El Norte* combate cualquier atisbo de pesimismo, recurriendo a los conocidos argumentos de la gloria pasada de la nación y las estereotipadas e hipotéticas virtudes del soldado español³⁹.

Frente a la falta de resultados favorables se insiste en la solución cuantitativa y militarista, aunque no saludará con alborozo el nombramiento de un partidario de la mano dura como es Weyler. Presentándose como intérprete del sentir popular apoya el envío de nuevos batallones, «los que hagan falta»: «No nos duelen -se afirma a primeros de octubre de 1896- los nuevos sacrificios que a la patria se imponen. Creemos, por el contrario, que no es ésta ocasión de regateos y que en defensa del honor nacional estamos todos cuantos amamos esta tierra bendita, donde nos cupo la

³⁶ Ob. cit., p. 366.

Véase también E. Hernández Sandoica y M.F. Mancebo, «Higiene y sociedad en la Guerra de Cuba (1895-1898). Notas sobre soldados y proletarios», en *Estudios de Historia Social*, nº 5-6, 1978.

³⁷ «El negocio y el patriotismo», *La Montaña*, 22 de junio de 1895. Véase también «Sepamos la verdad», *El Porvenir de León*, 20 de julio de 1895. Tomado de F.J. León, ob. cit., p. 362.

³⁸ Véase «El futuro empréstito», 22 de enero de 1897.

³⁹ «Temores y esperanzas», 21 de abril de 1895.

suerte de nacer, obligados a dar vidas y haciendas si es preciso»⁴⁰.

Con cada nuevo contingente de tropas para Cuba se fomentará el optimismo, en buena medida para justificar el propio envío. Cuando el esfuerzo no venga acompañado de éxitos significativos -aunque no dejen de magnificarse los pequeños encuentros-, el optimismo forzado dará paso a la escéptica expectativa, a la impaciencia y a la impavidez no exenta de resignación ejemplificada en su entrega al «general 'no importa', una mezcla de fatalismo, de orgullo y de fe»⁴¹. Los títulos de diversos editoriales de esta época son elocuentes: «Hace falta algo más» (6-10-96), «Sombras» (19-10-96), «Incertidumbre» (22-10-96), «Pinar del Río y Cavite» (7-11-96).

El entusiasmo se desata con ocasión de la muerte de Antonio Maceo a primeros de diciembre y *El Norte* se suma a la corriente de fervor patriótico que convierte al comandante Cirujeda en héroe nacional por unos días, y desde el diario castellano se pide para él la faja de general⁴².

Tras ese destello de entusiasmo volverá muy pronto el escepticismo, la impaciencia y el pesimismo, refugiándose en las consabidas referencias a la dignidad y heroísmo de un pueblo que da hombres y recursos y al sacrificio del Ejército, de cuya pésima situación y mala dirección se hace eco casi por primera vez. Fáciles palabras en quienes representan a quienes no tienen que corroborar lo que dicen con los hechos: «La muerte de Maceo -se escribe el 19 de diembre- fue para España como un relámpago que alumbró el horizonte en la noche oscura y tenebrosa. Pasó el relámpago y hemos vuelto a caer en las tinieblas de lo desconocido y de lo inexplicable»⁴³. Efectivamente, el desasosiego y el pesimismo se van a reflejar fundamentalmente a través de la crítica cada vez más dura a la política seguida por el Gobierno en relación con la guerra de Cuba. Significativamente se acabará el año añorando a una figura enérgica como Juan Prim⁴⁴.

Poco a poco el cansancio se va imponiendo reflejándose, junto a la insistencia en la aportación generosa del pueblo español en hombres y dinero, en las críticas a un sistema corrupto e ineficaz. La ausencia de éxitos incrementa el descontento y desde las páginas de *El Norte de Castilla* se denunciará duramente el autoritarismo de Cánovas y la indecisión, la división interna, el excesivo transaccionismo y la falta de programa definido sobre el tema cubano de los liberales⁴⁵. Se llega, con ocasión de la

⁴⁰ «El nuevo contingente», 3 de octubre de 1896. Véase también «Veinte Batallones más», 16 de mayo del mismo año.

⁴¹ «El general 'no importa'», 9 de septiembre de 1896. Véase también «Por la patria», 1 de septiembre del mismo año.

⁴² «Sois, señor comandante, algo más que un nombre que con elogio y gratitud repiten diecisiete millones de españoles; sois la genuina representación de una raza y de una época». *ENC*, 11 de diciembre de 1896.

⁴³ «Apremia el tiempo», 19 de diciembre de 1896. Véase también «Sin noticias», 29 de diciembre de 1896.

⁴⁴ «Un recuerdo», 30 de diciembre de 1896.

⁴⁵ Véase los editoriales «Sin solución», 13 de marzo de 1897 y «Programa, programa, programa», 10 de junio del mismo año.

A finales de junio de 1897, con ocasión de la publicación de un manifiesto del Partido Liberal decepcionante para *El Norte*, que no revela el cansancio o la impotencia, sino la simple vaguedad, se afirma

dura crítica que se hace a Cánovas en su enfrentamiento con el general Polavieja, a considerar como menos malo que el sistema vigente el establecimiento de otro dictatorial: «Y que pudiera desearse hasta una dictadura por odiosa que ésta parezca lo dicen esas explosiones, esos relámpagos de entusiasmo que brotan ante la conducta de un Cabriñana, o ante el regreso de un Polavieja. Al fin y al cabo una dictadura legal, impuesta por la espada de un defensor de la justicia, sería mucho menos lamentable, mucho menos odiosa que las dictaduras del capricho político, en cuyas mallas ahógase cuanto de hermoso tiene el carácter caballeresco, entusiasta, del pueblo español»⁴⁶.

Política interior, propuestas de reforma del sistema colonial y dirección de la guerra

Desde el periódico castellano se insiste, fundamentalmente durante los primeros meses de la guerra, en la necesidad de arrinconar las diferencias de partido y de facción en aras de la necesaria unidad que exige la guerra. A la altura de septiembre de 1895 se congratula de que «el patriotismo de todos, que bien se está demostrando en esta ocasión, ha impuesto una tregua en las luchas de la política»⁴⁷. No obstante, tampoco faltan las críticas a los gobiernos conservadores que se aprovechan de esta circunstancia y se insistirá en que «el patriotismo exige que la tregua política en que vivimos en España se prolongue- se afirma en septiembre del 95-», pero no sea una tregua indefinida y de carácter general: «Dure la tregua cuanto dure la guerra en Cuba, pero límitese a los asuntos de la guerra en que todos tenemos el deber de apoyar a los poderes públicos»⁴⁸. El patriotismo exige apoyo al Gobierno para ganar la guerra pero también «pide a todos energía para evitar que España se convierta en una merienda

en cuanto a las propuestas sobre el tema cubano: «La cuestión de Cuba, principalísimo punto tratado en el manifiesto y el único que constituye para el país toda la importancia, aparece en ese remedo de manifiesto como un hijo segundón de la nota crítica desarrollada en el tema; y cuando creíamos ver expuesta una solución enérgica, salvadora, que diese al traste con escrupulosas vaciedades, vemos lo de siempre: razones de razones, empirismos, teorías... ¡todo menos lo práctico, lo que exigíamos, lo que seguramente hubiera salido de ese documento a firmarle otro hombre, otra personalidad menos decadente, menos gastada, menos pusilánime que el buen D. Práxedes. La autonomía tan cacareada como medio de establecer la paz en Cuba, ha vestido en el manifiesto el disfraz más raro e incognoscible que darse puede, no diciéndonos si se la admite resueltamente o no; no dándonos solución diferente ni presentándonos ningún medio de conseguir la pacificación, porque en plata, son puros paños calientes las iniciativas que se anuncian en el manifiesto.

¡Qué queda, pues, de nuevo en las soluciones reservadas por don Práxedes para la terminación de la guerra!

¿Es aquello de comisario regio, es la separación de mandos, es la ampliación de las reformas, es el arancel favorecedor de los intereses comerciales de Cuba?». «Ni manifiesto, ni programa», 27 de junio de 1897.

⁴⁶ «La razón de una fama», 14 de mayo de 1897.

⁴⁷ «Calma chicha», 13 de septiembre de 1895.

⁴⁸ «No exageremos», 20 de septiembre de 1895.

de negros (...). En la política interior a la imprudencia, a la temeridad de los que mandan, hay que oponer el freno de la crítica honrada, de la protesta patriótica»⁴⁹.

La gravedad de la situación exige el apoyo a la acción del Gobierno en el tema de la guerra, y desde esta posición se criticará la postura partidista que demuestran políticos como Romero Robledo y el periódico canovista *El Nacional*⁵⁰. El supremo interés de la patria exige la más amplia concordancia dejando al margen las rencillas partidistas tanto en España como en Cuba⁵¹. En esta misma dirección criticará la actitud de algún medio de prensa peninsular, particularmente los cercanos al Ejecutivo conservador, cuya actitud removiendo cuestiones de enfrentamiento entre los partidos cubanos no contribuyen a esa tregua política que tanto gusta defender el periódico castellano⁵².

Lógicamente, en consonancia con la posición expuesta, serán muy duras las críticas a quienes como Pi y Margall desde *El Nuevo Régimen* pretenden denunciar aspectos de la posición del Gobierno español sobre la contienda⁵³.

A medida que avanza una guerra que se había considerado breve las críticas al Gobierno, aunque con moderación, irán en aumento⁵⁴. Se insiste en la exigencia de que el Ejecutivo extreme su celo para impedir las distintas formas de apoyo con las que cuentan los insurrectos incluso en los medios españoles y españolistas en Cuba⁵⁵.

Tras el avance de Maceo hacia Pinar del Río y la incapacidad de Weyler para evitar asimismo las correrías de Máximo Gómez en la provincia de La Habana, a pesar de los ingentes refuerzos, durante 1896 la actitud de *El Norte* hacia la política seguida por el Gobierno va a cambiar radicalmente y será reflejo del profundo desasosiego que enmascara un claro pesimismo que solamente se rompe coyunturalmente con la muerte de Maceo a primeros de diciembre.

El Norte denunciará la incapacidad, el desinterés por atajar e incluso la connivencia con la corrupción de la administración colonial que alimenta la insurrección: «Pocas cosas hay, en efecto, tan sabidas -se afirma-, tan descontadas de

⁴⁹ «Contra el señor Silvela», 26 de septiembre de 1895. A Silvela, no obstante, se le trata con gran deferencia y respeto en el periódico vallisoletano durante estos años.

⁵⁰ Véase *ENC*, 10 y 14 de marzo de 1895.

⁵¹ «Prudencia y rigor», 11 de septiembre de 1895.

⁵² «Reformistas y constitucionales», 27 de octubre de 1895.

⁵³ Las críticas a los federalistas de Pi y Margall y también a los republicanos en general y a los socialistas se incrementarán desde las filas de los partidos turnantes cuando el clima de enfrentamiento con Estados Unidos se agudice y algunos como los federalistas se muestren favorables a la concesión de la independencia a la Isla. Véase por ejemplo *La Provincia* de León, 5 de febrero de 1898. Tomado de F.J. León Correa, ob. cit., p. 364.

⁵⁴ Desde distintos medios se incrementarán las críticas sobre la política seguida en Cuba. Así, en *La Montaña* de León se denuncia «la funesta centralización e inmoralidades administrativas» que sufre la Isla. «¡Ojo a las Antillas!», 16 de mayo de 1895 (Tomado de F.J. León Correa, ob. cit., p. 362).

⁵⁵ «Prudencia y rigor», 11 de septiembre de 1895. En varias ocasiones se criticará la falta de decisión en la represión de aquellas organizaciones como la masonería que alentarían el independentismo en Cuba y promoverían en la Península campañas para impedir o reducir el envío de tropas. Sobre el papel de la masonería en la independencia cubana véase la obra de Nieves Bolado Arguello, *La independencia de Cuba y la prensa*, Torrelavega, Excmo. Ayuntamiento, 1991, p. 40.

antemano en la conciencia de la opinión honrada como que la administración de Cuba es, en general, una inmensa letrina donde van a parar todos los géneros averiados de la madre patria (...). ¿Con qué autoridad vamos a rechazar los cargos de los laborantes que tachan a nuestra administración de dilapidadora y abusiva?»⁵⁶. Criticará duramente el fraude electoral en la Isla que proporciona argumentos a la insurgencia, cuando debiera existir el máximo interés en que la representación en Cuba tuviera «la mayor suma de autoridad y de prestigio posible»: «Precisamente -se afirma con ocasión de las elecciones de abril de 1896-, cuando se viene repitiendo un día y otro día que la insurrección tiene su principal origen y halla sus mayores motivos de fundamento en la viciosa política que se lleva a la gran Antilla, el Gobierno del señor Cánovas no vacila en dar ocasión en la isla a la más sangrienta burla de la ley, al más descarado falseamiento del derecho, a la farsa más ridícula y más burda»⁵⁷.

El diario castellano criticará abiertamente el nepotismo y la arbitrariedad con que el Ejecutivo conservador, particularmente Romero Robledo, actúa en Cuba⁵⁸.

Desde *El Norte* se realizarán diversas críticas a la administración vigente en Cuba. Se considera que el triunfo militar debe ir acompañado de amplias reformas en la manera de llevar a cabo la administración de la Isla: «De nada servirían -se afirma en octubre del 95- esos miles de hombres y esos millones de pesetas que a la patria cuesta vencer la insurrección en Cuba, si destruidos los revolucionarios abajo siguen los perturbadores y los inútiles arriba; dominando el exclusivismo en la política cubana y la inmoralidad más grande en su administración». Es preciso pues implantar las reformas precisas y «emprender una vigorosa campaña de *saneamiento* administrativo»⁵⁹.

En cuanto a las reformas a aplicar en la administración colonial, el enfoque desde una perspectiva nacionalista y patriótica se impone, si bien desde los medios republicanos y socialistas no faltan las críticas a la ausencia de propuestas coherentes en la perspectiva autonomista⁶⁰. En general, los distintos proyectos de modificación

⁵⁶ «La inmoralidad en Cuba», 4 de junio de 1896. Véase también «Los escándalos ultramarinos. El caso del señor Núñez», 13 de junio de 1896 y «La peor propaganda», 3 de noviembre del mismo año.

Desde ámbitos republicanos se insistirá en la corrupción y la inmoralidad de la administración colonial, junto a la ausencia de respuestas a las aspiraciones autonomistas como fuentes que alientan la insurgencia. El periódico republicano *El Porvenir de León* achaca la responsabilidad de la guerra a los gobiernos monárquicos «por buscar la metrópoli a todo trance ventajas arancelarias a todo coste en la Isla, con fraudes en la administración, y sin dar ninguna disposición autonomista por parte del gobierno español. Con esa inicua explotación fue creciendo la independencia». «¡A Cuba!», 16 de mayo de 1895. Tomado de F.J. León, ob. cit., p. 362.

⁵⁷ «Las elecciones de Cuba», 19 de abril de 1896.

⁵⁸ «Exclusivismos insensatos», 24 de julio de 1895.

⁵⁹ «Pluma y espada», 9 de octubre de 1895. *El Norte* se hará eco de las críticas que suscitará la política de nombramientos arbitrarios que en función del amiguismo sigue realizando el Gobierno conservador en Cuba y que en nada ayudan a aglutinar los esfuerzos de los grupos españolistas en la Isla. Véase el artículo «Echando leña», 22 de octubre de 1895.

⁶⁰ En estos mismos medios se criticarán los proyectos autonomistas de Sagasta tras el relevo de Weyler, incidiendo en su inoportunidad y retraso. Véase *El Porvenir de León*, «El general Blanco», 13 de octubre de 1897.

La posición de la prensa vinculada a los partidos turnantes estará en función del color político del

del sistema colonial centralista son vistos desde el periódico castellano con interesadas reticencias. No mantendrá una posición definida sobre la posible autonomía para Cuba. Se mostrará vagamente partidario de realizar las reformas necesarias, pero en nombre de los productores se inclinará por pensar que la autonomía constituiría una entrega encubierta a los americanos.

Durante los primeros meses de la guerra no existe en *El Norte* ningún análisis serio del problema cubano. Apenas algunas referencias tangenciales a las reformas del ministro Abarzuza que se consideran más que suficientes, si no excesivas. A finales de abril de 1896 el diario castellano se hace eco en varios editoriales y distintas informaciones del rumor sobre la inminente puesta en marcha de las reformas políticas para Cuba votadas en las Cortes liberales, lo que se llevaría a efecto bajo la presión de Estados Unidos y podría suponer el fin de la contienda. Considera el periódico castellano que el cambio de actitud de los conservadores se debe a la presión norteamericana y aceptar ésta, aunque sirva para resolver el conflicto, «pugna de lleno con la dignidad nacional, con la noble altivez de nuestra raza, con la limpia historia de nuestro pueblo, con los supremos intereses de la patria»⁶¹. Sin embargo, participa de la idea de que la posición de los partidarios de la exclusiva opción militar va desacreditándose poco a poco y gana prestigio la de quienes «siempre quisieron pacificar Cuba concediéndole mayores libertades que las que ahora disfruta». Por lo tanto, considerándose representante del patriotismo castellano, se inclina por las reformas como acto de benevolencia y no de debilidad, y en ningún caso como cesión a presión de ningún poder extranjero: «Queremos las reformas -afirma el 1 de mayo de 1896- las queremos porque con ellas realiza España un acto de justicia; porque con ellas pensamos que se acerca, sin merma del decoro nacional, el día venturoso de la paz (...). Las reformas pueden ser un gran paso en el camino de la paz»⁶².

En alguna otra ocasión se incidirá en la demostrada inoperancia de la sola opción militar puesta de manifiesto con los cortos resultados en la marcha de la guerra⁶³, pero en líneas generales el apoyo de *El Norte* a las reformas estará condicionado por su incorporación a la corriente patriótica y principalmente por los intereses sociales y económicos que representa. Así, en el número extraordinario que en honor del Ejército español publica el 6 de enero de 1897 se recoge un artículo del

partido en el gobierno. Véase al respecto la obra citada de Nieves Bolado, pp. 57-66 y 79-87.

Curiosamente los republicanos coincidirán con los carlistas en el rechazo de las concesiones que se contemplaban en el Proyecto de Reformas Políticas para Cuba aprobado por el gobierno de Cánovas en febrero de 1897 y que tomaba como base el elaborado por Abarzuza en 1895.

⁶¹ «Herida en el honor», 23 de abril de 1896. En la crítica a los proyectos autonomistas en cuanto respuesta a posibles presiones norteamericanas el diario vallisoletano mantendrá en diversos momentos posiciones muy similares a las de *El Tiempo*. Véase de éste, «Las Reformas: nuestra opinión», 7 de febrero de 1897.

⁶² «Nuestro voto», 1 de mayo de 1896.

En el número del día 2 de ese mes se recogen las opiniones del señor Adolfo Sánchez Arcilla, Presidente del Círculo de Hacendados de La Habana, aparecidas en *La Voz de Galicia*, en las que se muestra firme partidario de la aplicación inmediata de las reformas, cuya ausencia alienta y alimenta la insurrección. «Necesidad de las reformas».

⁶³ Véase el artículo de Genaro Elías, «Verdadero aspecto de la guerra de Cuba», 12 de agosto de 1896.

obispo de Salamanca y senador por la Provincia Eclesiástica titulado «¿Reformas?» en el que rechaza éstas considerando que serían una afrenta para el pueblo que vierte su sangre y para el Ejército: «¿Reformas de qué? ¿Reformas de las leyes otorgando una autonomía disfrazada? ¿Y el pueblo que, obcecado, asola sus campos y vierte su sangre por la libertad omnímoda dejará caer las armas de sus manos por un obsequio parlamentario? ¿Y el heroico ejército avezado a prolongadas fatigas, en la más propicia coyuntura de acorrallar y extinguir al enemigo, prestará halagüeño oído al que le detenga en la carrera de su gloria? El honor de España se ha confiado a la bravura de sus soldados».

Los condicionamientos del entorno social y económico del periódico castellano son fuertes. Desde *El Norte de Castilla* se seguirán con atención aquellos aspectos de los distintos proyectos de reforma de la política colonial que puedan afectar a los intereses de los productores castellanos, en especial propietarios agrícolas y harineros. Con ocasión de la elaboración por el gobierno de Cánovas del Proyecto de Reformas Políticas para Cuba, durante varias semanas desde el periódico se desarrollará una campaña en los meses de febrero y marzo de 1897 en la que juega un papel destacado la Diputación de Palencia, iniciada sobre algunos aspectos del proyecto de modificación de aranceles en 1897, recogiendo numerosos testimonios de insituciones públicas -particularmente las Diputaciones de la región- y privadas, diputados en Cortes, propietarios, etc., así como de otras regiones como Aragón y Cataluña. La posición oficial del periódico coincide en gran medida con la defendida por su gerente, Santiago Alba, que se inclina por el mantenimiento del llamado *pacto colonial*, al menos en su vertiente económica, «el único existente y aún el único en la época», si bien admite, si es necesario para ganar la guerra, la aplicación de algunas reformas que impliquen cierto grado de autonomía política⁶⁴. La modificación arancelaria se ve desde *El Norte* «como una amenaza contra la agricultura y la harinera especialmente»⁶⁵. La prensa de ámbito nacional incidirá en el perjuicio que supondría la autonomía para la industria catalana y vasca⁶⁶.

Repetidamente se volverá sobre la amenaza que se cierne sobre los trigos y harinas castellanos considerando está «probado y archiprobado que sin mercado de Cuba se pagarán mal nuestros trigos como lo indica la baja iniciada apenas surgieron los temores de perderle». Se insiste en la responsabilidad de las autoridades de la región, urgiéndolas a contestar a la circular enviada por la comisión de crisis agraria que se constituye en la Diputación provincial de Palencia y que *El Norte* es el primero en publicar exigiendo que llegue cuanto antes al Gobierno la opinión de los productores castellanos para evitar «que el tiempo nos ofrezca una de esas sorpresas

⁶⁴ El 27 de marzo de 1897, Santiago Alba, a la sazón secretario de la Cámara de Comercio de Valladolid, pronuncia una conferencia en el Círculo Mercantil e Industrial de Valladolid donde expone con nitidez la posición de los propietarios trigueros y harineros castellanos sobre la política seguida y a seguir en Cuba. Este discurso se publica en varias entregas en *El Norte* y también se edita en formato de folleto con el título *El problema arancelario cubano y la producción castellana*, Valladolid, Imprenta Castellana, 1897.

⁶⁵ «Los aranceles de Cuba», 11 de febrero de 1897.

⁶⁶ Véase *El Siglo Futuro*, 16 de enero de 1897.

dolorosas, de que son tan pródigos nuestros políticos con el país que paga y calla»⁶⁷.

Desde *El Norte de Castilla* se criticará duramente la pasividad castellana y muy en especial la actitud de las Diputaciones, a quienes se considera vendidas al caciquismo y el clientelismo: «Parece que una maldición irredimible pesa sobre el país que paga y sufre (...). Carécese de la virtud, de la constancia y aún más del instinto de la asociación. Somos retóricos y llorones, más que previsores y activos»⁶⁸.

El pesimismo se irá imponiendo. *El Norte* seguirá haciéndose eco del malestar que la aplicación del nuevo régimen económico y administrativo llevado a Cuba por las reformas pueda traer para la producción castellana, pero las perspectivas se ven cada vez más negras: «En cuanto al mercado cubano -se afirma en un artículo el 11 de marzo de 1897-, somos pesimistas. Creemos muy de veras que desde hace tiempo caminamos a su perdición».

Cuando tras el cambio de Gobierno, a partir de la muerte de Cánovas, los liberales establezcan la autonomía en Cuba, desde *El Norte* se acepta con escaso entusiasmo y se constata que la realidad «ha venido a robustecer nuestra propia opinión, formada a través de un frío cálculo sobre el problema que a Castilla presentó desde el primer momento el régimen autonómico concedido a aquella isla»⁶⁹. Se saluda al nuevo régimen administrativo exclusivamente en cuanto pueda contribuir a la paz y en esta dirección no deja de considerarse que posiblemente llegue tarde⁷⁰. Se recogerán en este sentido las conocidas manifestaciones de Máximo Gómez en las que, aún rechazando la autonomía, considera que su establecimiento tres años antes hubiera evitado la guerra⁷¹. Se hará eco de los desórdenes que contra la autonomía se producen en La Habana pero, desde la perspectiva de que puedan favorecer a Estados Unidos y, tras incidir en que la autonomía se estableció «con el consentimiento, ya que no con el beneplácito de la casi totalidad de las fuerzas políticas», se limitará a pedir prudencia y tino en la aplicación de la misma: «El Gobierno insular tiene en sus manos el porvenir de Cuba y si su honor le veda desvirtuar el nuevo régimen, no estará de más tampoco que, sin desvirtuarle, procure evitar los escollos del radicalismo en que acaso pudiera naufragar lo que él mismo a toda costa quiere defender, y lo que España con generosidad muy suya ha concedido»⁷². Aunque con las reticencias expuestas, se considera que es el último recurso: «Otorgamos al fin -se afirma en marzo de 1898-, cuando la razón se hizo eco en todas las conciencias, esa autonomía tan censurada en un principio y que viene a ser hoy el último cohete quemado en Cuba para anunciar

⁶⁷ «Las Diputaciones castellanas», 26 de febrero de 1897. En la mencionada circular se va a exponer la posición castellana ya analizada y con la que coincide *El Norte*.

⁶⁸ «A las Diputaciones», 5 de marzo de 1897.

⁶⁹ «Nuestras harinas en Cuba», 25 de enero de 1898.

⁷⁰ Véase «A los ministros cubanos», 3 de marzo de 1898.

Producido el desastre frente a los norteamericanos, *El Norte* insistirá en lo tardío de la aplicación de las distintas medidas, entre ellas la autonomía, y se hará eco de las posiciones de Polavieja al respecto.

⁷¹ 19 de febrero de 1898.

⁷² «El Gobierno de Cuba», 5 de febrero de 1898. Véase también «El mayor peligro», 15 de enero del mismo año.

la paz»⁷³.

Después de la rendición de Santiago de Cuba se criticará de nuevo la ambición de los autonomistas y se mostrará a favor de considerar la idea del establecimiento de un protectorado hasta que vuelva la normalidad y se implante un Gobierno legal y fuerte pues supondría que «tendríamos aún derechos sagrados que el mundo entero nos respetaría». Estos deseos no tenían en cuenta la realidad del dominio de la situación por parte de Estados Unidos.

Dirección de la guerra

Siguiendo la tónica general, se apoya el envío a Cuba, si la situación lo requiere, del artífice de la Paz del Zanjón, el general Martínez Campos, a quien se considera adornado de las más notables virtudes patrióticas y militares⁷⁴. Sin duda, como afirman Moreno Fragnals y Moreno Masó, Arsenio Martínez Campos era «el militar de más alto prestigio entre los civiles de la Isla y más respetado entre los combatientes insurrectos»⁷⁵.

La política militar seguida por Martínez Campos en Cuba durante 1895 contará con el apoyo de *El Norte de Castilla*. La falta de resultados visibles se cargará en la cuenta del Gabinete conservador (que no siempre aportaría a tiempo los refuerzos precisos ni aplicaría la política de reformas necesaria), en las condiciones en las que se desarrolla la contienda (clima, enfermedades) y en la actitud de los insurgentes que rehuyen enfrentamientos frontales. Ante la existencia de algunos reveses se limitará a solicitar que se esclarezcan las circunstancias en las que se producen⁷⁶.

Con ocasión de una entrevista del director de *El Imparcial* con el capitán general, el editorial de *El Norte* correspondiente al 29 de octubre de 1895 que significativamente se titula «Conformes», se muestra totalmente de acuerdo con la máxima autoridad en Cuba.

Cuando en diciembre del 95 el avance de las fuerzas de Gómez y Maceo ponga de manifiesto el fracaso de la estrategia del general en jefe y desde amplios sectores de prensa, especialmente la conservadora, se pida el relevo del mismo, desde *El Norte* aún se le defiende. Aún a finales del 95 *El Norte* se hace eco de los apoyos que Martínez Campos recibiría en la capital habanera por parte de todos los partidos y pueblo de la Isla que «vitorean con entusiasmo al ilustre caudillo, le aclaman

⁷³ «Por los mismos pasos», 9 de marzo de 1898.

⁷⁴ «Va el general», 8 de marzo de 1895.

⁷⁵ M.R. Moreno Fragnals y J.J. Moreno Masó, *Guerra, migración y muerte*, ob. cit., p. 131.

⁷⁶ Así por ejemplo con ocasión de la captura de un *pailebot* por parte de los insurrectos. «El pailebot perdido», 17 de octubre de 1895.

frenéticamente»⁷⁷. Se vierten ciertas críticas a la blandura de la política aplicada y también a su incapacidad «para obligar a los rebeldes a batirse en condiciones desventajosas». Pero se insiste en «que es tan preponderante el efecto de la deficiencia de medios apropiados a las circunstancias» que ni «la inteligencia, ni la pericia, ni la voluntad de un solo hombre, aunque lo pintásemos para el caso, pudiera variar cosa mayor la situación de la campaña». La negativa marcha de la guerra no se debería a la actuación del general sino a la política seguida en Cuba⁷⁸. *El Norte* se quedará pronto solo, junto a los republicanos de Pi y Margall, en la defensa del general de Sagunto.

Como hemos visto, a lo largo del 95 predomina la visión optimista sobre la marcha de la guerra. Se considera que la rudimentaria organización de los insurrectos desaparece ante cualquier avance de las tropas españolas y «el *generalísimo* Máximo Gómez empuña el báculo del peregrino y no hace más que eludir el encuentro de las tropas que le buscan»⁷⁹. De nuevo se confunden los deseos con la realidad. La organización militar de los independentistas en partidas dispersas que rehuyen los enfrentamientos a gran escala obligando a las columnas españolas a una continua marcha y contramarcha serán la causa fundamental de las bajas en las fuerzas españolas que lo serán, como hemos visto, por hambre, cansancio y enfermedades. Como afirma Antonio Elorza: «Los datos conocidos con posterioridad darán la razón a los críticos y harán comprensible la táctica de Máximo Gómez, tan censurada -o lamentada- por Weyler de rehuir los choques frontales y mantener al ejército español en una inútil guerra de movimiento y de autodestrucción»⁸⁰.

Martínez Campos advertirá cómo había cambiado a situación desde la Paz del Zanjón de la que fue artífice principal. Ahora los insurgentes contaban con muy amplio apoyo entre los campesinos y en la base poblacional urbana de tal forma que para ganar la guerra no sólo había que derrotar a las fuerzas mambisas sino desarticular la sociedad que les servía de apoyo⁸¹. Y Martínez Campos no estaba dispuesto a hacerlo mediante cualquier procedimiento.

Tras el relevo del general de Sagunto, desde *El Norte* no se va a realizar una crítica general de su labor en Cuba, pero posteriormente no faltarán las referencias a

⁷⁷ «Patriotismo y sensatez», 29 de diciembre de 1895.

⁷⁸ «Ni santo, ni ciruelo», 27 de diciembre de 1895.

⁷⁹ «El general octubre», 18 de octubre de 1895.

⁸⁰ A. Elorza, «Con la marcha de Cádiz», ob. cit., p. 366.

⁸¹ El apoyo con el que cuentan los insurgentes es muy distinto en la guerra del 95 que en la anterior de los Diez Años. En ésta se centra en los sectores altos y medios de la sociedad blanca criolla de la parte oriental de la Isla. La que se inicia en febrero de 1895 cuenta con un notable apoyo popular, obrero y de clases medias, con especial relevancia de la adscripción a las tesis independentistas de la población mulata y negra y del campesinado. Y este apoyo no se circunscribe a las provincias de Oriente y Camagüey, sino que se extiende por toda la Isla. Véase M.R. Moreno Fragnals y J.J. Moreno Masó, *Guerra, migración y muerte...*, ob. cit., pp. 130-131.

Sobre la base social del apoyo a la insurgencia en las mencionadas guerras puede verse T. Gallego García, *La insurrección cubana: crónicas de campaña*, Madrid, Imprenta Central de Ferrocarriles, 1897.

sus «equivocaciones confesadas»⁸². En cualquier caso se le trata con cierta frialdad pero con deferencia, reprobando las muestras de repudio que recibe con ocasión de su vuelta a la península.

La dura política aplicada por Weyler en Cuba genera una áspera crítica no sólo en medios norteamericanos sino también en amplios sectores de la opinión pública española, siendo el general en buena medida chivo expiatorio de la oposición al gobierno de Cánovas. Weyler no va contar con excesivas simpatías en *El Norte de Castilla*, pero tampoco será objeto de una crítica acerada e incluso se le apoyará coyunturalmente. Con ocasión de los primeros rumores sobre el relevo del general afirmará el periódico castellano: «Pocos periódicos tan autorizados como nosotros para combatir el relevo del general Weyler. Sin desconocer sus grandes méritos como general entendido y como militar valeroso, no participamos del meridional entusiasmo con que es fuerza confesar que se acogió su nombramiento. Entendíamos entonces, como seguimos entendiendo ahora, coincidiendo con la sensata opinión de *El Imparcial* que ni el general Martínez Campos debió haber ido al comienzo de la guerra, ni el general Weyler debía ir en el segundo periodo de la misma». Considera *El Norte* que no compartió la opinión de quienes lo esperaban todo de la política enérgica, decidida y sin contemplaciones del general, pero «ha hecho cuanto en su mano ha estado hacer» en satisfacción de quienes «quieren todos los días un encuentro, diez encuentros, muchos encuentros. Como político más no ha podido hacer en obsequio del Gobierno». Su programa y su política no se habrían aplicado «víctimas de la política débil, achacosa, del Gabinete. Cuando el general Weyler ha blasonado de enérgico en La Habana, el Gobierno ha presumido de 'prudente' en Madrid», claudicando ante las presiones norteamericanas en vez de apoyar al capitán general en sus esfuerzos por acabar con los apoyos externos e internos del independentismo⁸³. En el diario castellano se evita criticar la cruel política del general. Al contrario, se recogen testimonios de otros medios de prensa en favor de su actuación⁸⁴.

El Norte criticará el escaso resultado de las campañas que Weyler dirige personalmente contra las fuerzas de Antonio Maceo y su actuación con ocasión de la muerte de éste en un enfrentamiento con la columna del comandante Cirujeda y algunos aspectos de su política respecto a la zafra y la prensa en Cuba⁸⁵. Sin embargo no se va a unir a quienes como *El Imparcial* y *El Heraldo de Madrid* desde principios del 97 cuestionarán duramente su política, pidiendo abiertamente su relevo, e incluso se muestra partidario de su permanencia en el mando supremo en Cuba, manteniendo

⁸² Véase por ejemplo «Cambio de frente», 24 de abril de 1897.

⁸³ «La vuelta de Weyler. Sin Gobierno», 31 de mayo de 1896.

«Fracasa Weyler -se afirma en un suelto titulado 'Al general'-, porque un Gobierno débil merma su autoridad a cada paso y no le deja castigar con el rigor que es, a su juicio, indispensable, los actos de rebelión contra la patria». 27 de septiembre de 1896.

⁸⁴ Véase «Juicios del extranjero», 26 de septiembre de 1896.

⁸⁵ «Pangloss general», 16 de diciembre de 1896.

una postura de firmeza frente a las presiones americanas que piden su relevo⁸⁶.

No hay referencias a la crueldad de sus métodos, salvo las recogidas y no aceptadas procedentes de medios que simpatizan con la insurgencia. Las informaciones respecto a los efectos de su gestión entre los soldados y la población civil no dejarán de ser meramente genéricas.

A lo largo del 97 y como una muestra más del escepticismo, cuando no claro pesimismo, que provoca una política cuyos resultados él mismo califica de *casi-pacificación* de la Isla, desde *El Norte* se insiste en la incompreensión de la situación a la que ha contribuido Weyler «con sus trochas inexpugnables y sus pacificaciones de guardarropía»⁸⁷. Se le critica el escaso resultado de sus marchas y contramarchas y se reconocerá, como hemos visto, que no es el personaje adecuado para implantar las reformas en Cuba⁸⁸.

Es manifiesto que la iniciativa militar pertenece a los españoles a lo largo del 96 y a pesar de la rigidez de Weyler se consiguen éxitos políticos como la formación el 8 de noviembre en La Habana de una *Junta Nacional de Defensa de la Isla de Cuba*. Sin embargo, a fines del 97 la sensación de fracaso es manifiesta. *El Norte de Castilla* se une al coro de lamentaciones envolviendo las desgracias sufridas en la capa de la fingida tristeza. El cansancio lo domina todo.

Al producirse su relevo recibirá fuertes críticas por su renuencia a dejar el cargo⁸⁹. *El Norte* aprovecha la ocasión para volver a atacar la política del partido conservador y la actuación militar y política de Weyler: «El mando del general Weyler en Cuba pudo considerarse en la península como una serie inacabable de desaciertos»⁹⁰.

En la nueva etapa tras el relevo de Weyler y el nombramiento del general Blanco como capitán general, la atención estará polarizada en la actitud y el posible enfrentamiento con los Estados Unidos, no habiendo apenas referencias a la acción militar llevada a cabo contra los independentistas hasta el final del conflicto, al margen de noticias generales sobre la buena marcha de aquella. Se criticará como ineficaz la tregua establecida en el enfrentamiento con la insurrección una vez iniciada la guerra con los Estados Unidos⁹¹. Se denunciará su utilización por los insurgentes y se hará eco del hipotético malestar que esta medida unilateral provoca en algunos mandos militares de la Isla como los generales Pando y Giménez Castellanos.

⁸⁶ Sobre las distintas posiciones de la prensa española en torno a la política aplicada por Weyler en Cuba puede verse la obra citada de Nieves Bolado, pp. 72-75.

⁸⁷ «Cambio de frente», 27 de abril de 1897.

⁸⁸ De nuevo en este tema la posición de *El Norte* es muy similar a la mantenida por *El Tiempo*. Véase de este diario «El relevo que se impone», 9 de octubre de 1897. Otros medios como *El Siglo Futuro* realizarán una encendida defensa del general en jefe. Véase «El General Weyler», 8 de octubre de ese año. Curiosamente, el radical *El Progreso* también muestra su apoyo ahora al capitán general. Véase el artículo «Al pueblo», 12 de diciembre de 1897.

⁸⁹ Véase como ejemplo *ENC*, 9 de octubre de 1897.

⁹⁰ «La protesta de Weyler», 1 de enero de 1898.

⁹¹ «Después del mensaje. Sin rumbo», 13 de abril de 1898.

Tras el desastre se pedirán cuentas sobre la capitulación de las fuerzas de tierra en Santiago, juzgándola prematura.

Un elemento esencial: la actitud norteamericana

La valoración que desde *El Norte* se hace de la actitud y política norteamericanas en relación con la contienda está condicionada por el fervor patriótico que, como hemos visto, tamiza cualquier planteamiento sobre la guerra. Desde muy pronto se hará referencia a la particular significación que reviste la posición que tomen los Estados Unidos: «Importante para la solución que tener puedan los asuntos de Cuba -se afirma el 9 de marzo de 1895-, es que se ponga bien en claro la actitud de los Estados Unidos de América»⁹².

Se critica la que se considera «hipócrita política yankée» de apoyo oficial al gobierno español y ayuda real a los insurrectos⁹³. Se denuncia el apoyo de todo tipo que reciben los independentistas y se piensa que la ayuda puede llegar a materializarse «en tales términos, que se hiciese precisa una actitud enérgica por parte de España»⁹⁴. Durante 1896 la relación con Estados Unidos y su posición sobre la guerra de Cuba será un tema con amplia proyección en la política interior española. Desde *El Norte* se insistirá en la vinculación de los norteamericanos con la marcha de la guerra, fenómeno que tiene amplios precedentes: «Las insurrecciones ocurridas en la isla de Cuba desde mediados de siglo o antes -se afirma en mayo de 1896- han sido atizadas y fomentadas por los Estados Unidos»⁹⁵. La insurrección en sí sería un asunto secundario, el principal sería la actitud norteamericana.

El Norte pone especial acento en la denuncia de la actitud del vecino norteamericano y será un tema recurrente de dura crítica al Gobierno frente a la hipotética debilidad ante la clara ingerencia en los asuntos de Cuba y su apoyo a la insurgencia⁹⁶. Desde *El Norte de Castilla* se denuncia la tibieza de las autoridades españolas ante los norteamericanos, «las complacencias (llamémoslas así) de los hombres que nos gobiernan, que un día ceden ante las pretensiones del Gabinete de Washington en el asunto Mora y otros se humillan como en el caso del *Alliance*». Especialmente dura y recurrente a partir de 1896 será la denuncia de falta de respuesta al apoyo que los Estados Unidos prestan a los insurrectos, de debilidad ante sus ataques a la soberanía española y de plegamiento a sus presiones en relación con las decisiones de la administración en Cuba contra el tráfico de armas a favor de los

⁹² ENC, 9 de marzo de 1895.

⁹³ «¿Esto más?», 10 de julio de 1895.

⁹⁴ «Si vis pacem», 11 de octubre de 1895.

⁹⁵ «El verdadero peligro», 25 de mayo de 1896.

⁹⁶ Véase al respecto «El contrabando infame», 10 de julio de 1896 e «Indemnizaciones a España», 23 del mismo mes.

insurrectos, propuesta de Weyler de establecer un registro de extranjeros, etc.⁹⁷. «La nota característica del Gobierno del señor Cánovas en sus relaciones con el Gabinete de Washington -se afirma el 18 de agosto de 1896- ha consistido día tras día en una vergonzosa debilidad»⁹⁸. La respuesta debería ser enérgica, sin aceptar limitaciones al ejercicio de la propia soberanía⁹⁹. Hasta que el conflicto con Estados Unidos aparezca como inminente, desde *El Norte* se continuará con la campaña patrioterista de exigencia de firmeza.

En opinión de *El Norte*, comprobada «la procax actitud de los yankees», o se hace dejación de la dignidad patria o se prepara la nación para el conflicto que se presume inevitable¹⁰⁰. En esta línea se criticará la imprevisión en la consecución de una Marina de guerra adecuada, la corrupción administrativa en la utilización de los presupuestos establecidos al efecto, la ausencia de responsabilidades en los numerosos desastres sufridos por la escuadra fuera de combate¹⁰¹.

Se mantiene, con notable miopía, que los Estados Unidos son una indudable potencia comercial y financiera, «pero no son, ni con cien leguas, una gran potencia militar terrestre ni marítima. Los yankees aman mucho el negocio y el negocio suele no andar acorde con la guerra». Según *El Norte* a los Estados Unidos el enfrentamiento con España no les conviene: «Que echen cuentas y vean si arroja un saldo a favor suyo la cuenta de la guerra; la cuenta de la guerra no teniendo ejército que pueda amedrantarnos, ni escuadra que supere en gran cosa a la nuestra (...). Que echen cuentas; la guerra con España no es negocio»¹⁰². El velo del patrioterismo impedía ver una realidad palpable con la que habrá que enfrentarse súbitamente en el 98.

Con el establecimiento de la autonomía en Cuba y el mantenimiento sin embargo de la presión norteamericana exigiendo el fin de la guerra en un plazo determinado, el conflicto parece inevitable por el expreso deseo estadounidense de intervenir en la Isla. *El Norte* denuncia las maniobras norteamericanas para cerrar acuerdos comerciales con el nuevo Gobierno cubano y a ese fin atribuye la visita de diversos barcos norteamericanos, entre ellos el acorazado Maine¹⁰³. Pero, responden a lo que respondan esas visitas, frente a ellas «la nota conveniente -se afirma el 4 de febrero-, más que esa calma y esa prudencia y esa corrección que nos decantan, es una energía a toda prueba y una precaución y una vigilancia dobles»¹⁰⁴. La visita terminó en tragedia y desde *El Norte* se insiste en rechazar toda responsabilidad de España incidiendo en la actuación de nuestros marinos en ayuda de los supervivientes¹⁰⁵.

⁹⁷ Véase editoriales como «Dos meses de estudio», 12 de junio de 1896, «Registro de extranjeros», 18 de julio de 1896 y «España y Estados Unidos», 23 de diciembre de 1896.

⁹⁸ «Todo está igual».

⁹⁹ «Conducta definida», 12 de mayo de 1896.

¹⁰⁰ Véase el artículo de A. Royo Villanova «La elección de Mac Kinley», 6 de noviembre de 1896.

¹⁰¹ Véase «A ninguna parte», 10 de abril de 1896; «La Marina de Guerra», 20 de mayo de 1896, y con el mismo título dos editoriales del 19 de septiembre y del 13 de octubre del mismo año.

¹⁰² «La beligerancia», 22 de octubre de 1895.

¹⁰³ Véase «Amistad entrañable», 4 de febrero de 1898.

¹⁰⁴ «Sepámoslo todo».

¹⁰⁵ «Voladura del Maine», 18 de febrero de 1898.

El Norte exige una actitud firme por parte del Gobierno y petición de cuentas a los calumniadores: «Necesitamos esa reparación, prudente pero firme; sin arrogancias, pero sin humillaciones. Y sea luego lo que Dios quiera»¹⁰⁶. Para el diario castellano el conflicto con Estados Unidos es inevitable a la altura de marzo¹⁰⁷.

Se alerta sobre la necesidad de no contribuir a incrementar la tensión con patriotismos inútiles y se pide prepararse para un enfrentamiento que se producirá, pero cuando los americanos lo consideren conveniente¹⁰⁸. Así se pone de manifiesto en un largo artículo de Antonio Royo Villanova en el que pretende demostrar que desde hacía varios lustros Estados Unidos perseguía la idea de apoderarse de Cuba por dinero o por la fuerza, y así se expresaría claramente en lo manifestado por diversos Presidentes y Secretarios, política que Mac Kinley se limitaría a continuar¹⁰⁹. En este artículo, Royo Villanova rechaza la posición expuesta en un artículo publicado por Castelar en *La España Moderna* y recogido también en las páginas de *El Norte* el 13 de enero en el que consideraba que la intervención no se daría ya que sería un auténtico escándalo: «Lo más fácil para el mundo americano -afirmaba Castelar- y para su representación augusta, es abstenerse de toda ingerencia en nuestros privativos asuntos de las expediciones salidas de sus costas en daño de nuestra patria»¹¹⁰. Comentando este artículo, donde Castelar se pregunta por qué iba a intervenir Estados Unidos en Cuba si no lo había hecho en Chile, Brasil y Guatemala, Royo considera que al insigne republicano «le sobra erudición para poeta y le sobra fantasía para historiador»¹¹¹. Los intereses económicos norteamericanos en las Antillas serían muy superiores a los existentes en los países mencionados. Para Royo hubiera sido necesario prevenir las insurrecciones que siempre alientan la intervención y en vez de ello habríamos dado garantías a los norteamericanos para que pudieran trabajar contra España impunemente a través de una serie de privilegios judiciales en la Isla: «La política de nuestros Gobiernos, unas veces por desidia y otras por el imperio de las circunstancias, no ha podido ser más favorable a las pretensiones de los yankees. Ha sido una política a beneficio de los Estados Unidos»¹¹².

Ante la inevitable guerra con Estados Unidos, la mayoría de la prensa mantendrá una actitud patriota al margen de la realidad. El periódico conservador leonés *La Provincia*, que ha criticado duramente la política «blanda» del gobierno liberal de Sagasta al relevar al general Weyler, a la altura de abril de 1898 censura que dicho Gobierno proponga un armisticio a los independentistas cubanos declarándose a favor de la guerra que busca Estados Unidos: «No intimida al pueblo español -se

¹⁰⁶ «Advertencias provechosas», 19 de febrero de 1898. Véase también «Momentos críticos», 20 de febrero de 1898.

¹⁰⁷ «Por los mismos pasos», 9 de marzo de 1898.

¹⁰⁸ «La virtud del silencio», 12 de marzo de 1898.

¹⁰⁹ El artículo titulado «Cuba y los Estados Unidos» se publica en varias entregas del 15 al 27 de marzo de 1898.

¹¹⁰ «Juicios de Castelar», 13 de enero de 1898.

¹¹¹ «Cuba y los Estados Unidos», 24 de marzo de 1898.

¹¹² «Cuba y los Estados Unidos», 27 de marzo de 1898.

afirma el 14 de abril- luchar contra los Estados Unidos; si nos arrancan Cuba por la fuerza, bien, si la honra de la bandera queda incólume, pero no podemos ceder ni un ápice la soberanía a los rebeldes. Nadie desea la guerra, pero si viene, debemos afrontarla con dignidad y honra»¹¹³.

El Norte se une a esta campaña de exaltación patriótica: «Mientras haya himnos que produzcan locuras de entusiasmo -se afirma el 9 de enero-, mientras queden marchas de Cádiz, se harán buques y se improvisarán cañones y se sacará dinero cuando se trate de salvar la honra nacional»¹¹⁴. El patriotismo busca ocultar la realidad. El heroísmo, la capacidad de sacrificio en vidas y medios económicos compensaría la superioridad militar norteamericana que, por otro lado, se quiere ver como cuestionable.

Exaltación patrótica disfrazada de moderación, de sentido del equilibrio y de la realidad. Se critica «el pesimismo disfrado de valiente así como la pusilanimidad disfrazada de aventurera, que hacen pinitos en pleno campo de la prensa o en el café o en el club». Si bien se denuncia a quienes piensan «que con la 'marcha de Cádiz' hay más que suficiente poderío en España para destrozarse al pueblo yankee»¹¹⁵, se insiste en que hay que desterrar el pesimismo pues no son pocas las cosas a favor y no se debe insistir en las desventajas «antes de saber a cómo se cotizará el corazón en las filas yankees y en las filas españolas». La guerra con Estados Unidos se produce porque se estaría dominando la insurrección¹¹⁶.

A la altura de abril de 1898, en opinión de *El Norte*, no existe otra salida que la guerra pues «el pueblo americano no quiere oír acentos de concordia (...). ¡Vayamos a la guerra -se afirma- puesto que se nos cierra otro camino! ¡Vayamos a la guerra y vayamos a ella dispuestos a vencer!». Se considera preferible la guerra a cualquier intento de paz no duradera¹¹⁷. *El Norte* se suma, aunque sin estridencias, a la corriente que desea acabar el conflicto cubano por la única forma que le parece posible: demostrando una actitud de fuerza ante el principal responsable del mismo en su opinión, los Estados Unidos, y su política de intervención, actitud que puede desembocar en un enfrentamiento cuyo resultado se quiere presentar como incierto. Frente al poderío militar yankee se insistirá en el valor de la raza, la historia, la tradición y la fuerza de la razón: «Es hora de defender la honra nacional, como dicen los republicanos y los carlistas y todo el mundo que sienta dentro el sagrado fuego del amor patrio; es hora de demostrar que el corazón español sigue en su sitio, allí donde latía cuando cien legiones invadieron la península para intentar en vano doblegar las energías de nuestra raza». Hay que postergar las diferencias, las quejas y la petición justa de responsabilidades y «sumar todas nuestras fuerzas para defendernos, esperando de la justicia de nuestra causa, de la fe en nuestras tradiciones, de la energía de

¹¹³ El 21 del mismo mes se hace eco del ultimatum dado a España por los Estados Unidos y apoya la manifestación patriótica que se convoca en León a la que asistirán unas seis mil personas.

¹¹⁴ ENC, 9 de enero de 1898.

¹¹⁵ «Lo antipatriótico», 6 de febrero de 1898.

¹¹⁶ Véase «Aspecto de la cuestión», 27 de marzo de 1898.

¹¹⁷ Véase «La guerra y la paz», 31 de marzo de 1898.

nuestro brazo, la solución que nos niega un pueblo aventurero y desleal que nos combatió con máscara de laborante para retornos con rostro de usurpador»¹¹⁸. La posibilidad de la victoria se asienta en factores más que cuestionables: «Tenemos la razón, y la razón es ya una fuerza poderosa; pero además tenemos una escuadra que bien puede batirse con la yankée, y un ejército muy superior al suyo. Tenemos sobre todo más corazón, somos el pueblo del general *No Importa*»¹¹⁹.

Cuando el clima de enfrentamiento se caldee, se comprobará el aislamiento de España y desde el periódico vallisoletano se avisará de la neutralidad de la «cultura Europa»¹²⁰. El apoyo exterior no se verá por ninguna parte a la hora de la verdad, y así lo pondrá de manifiesto Antonio Royo Villanova en un artículo publicado en *El Norte* después del desastre: «Pero el hecho es que estamos solos, que no somos amigos de nadie y que lo que llaman algunos simpatías de Europa, no es más que una especie de compasión humillante y afrentosa»¹²¹.

Se ignora la realidad de la disparidad de fuerzas y las posibles consecuencias y *El Norte* se sumará a la campaña de fomento del apoyo popular para la preparación de la guerra¹²². Ante el ultimatum dado por los americanos en abril, la respuesta que se propugna va en la dirección expuesta: desterrar la actitud claudicante ante «la corriente irreflexiva e insaciable del pueblo de la indemnización Mora, del *Alliance*, del dentista Ruíz, del *Competidor*, de los protectores de Sanguily, de los hipócritas encubridores y coautores de la insurrección cubana» y responder con firmeza¹²³. Se vuelve reiteradamente al cántico al valor de la raza y se invoca el apoyo divino: «Podemos sinceramente afirmar que no dudamos, ni hemos dudado un punto, de la victoria de la lanza del guerrillero castellano sobre el asador del matarife yankée. Creemos en nuestro ejército y en nuestra marina y creemos en el Dios de la justicia; ello basta»¹²⁴.

Iniciada la guerra se quieren ver perspectivas favorables donde sólo hay falta de información o tergiversación de la realidad¹²⁵. Este moderado optimismo recibe un duro golpe con el «glorioso desastre de Cavite», como se denomina desde *El Norte*

¹¹⁸ «A cara descubierta», 25 de marzo de 1898.

¹¹⁹ «A la guerra. Hable la fuerza», 7 de abril de 1898.

¹²⁰ Desde el inicio de la guerra la prensa vinculada a los partidos de la Restauración se hará eco del sentimiento de aislamiento internacional que se constata ahora y del que se responsabilizan unos partidos a otros. Véase como ejemplo *La Montaña*, «El aislamiento», 24 de septiembre de 1895. Tomado de F.J. León, ob. cit., p. 362.

¹²¹ «La política internacional de España», 11 de julio de 1898. Royo Villanova constata los efectos de la neutralidad defendida por Cánovas, propone el acercamiento a Alemania, que tanto recelo produce a los anglosajones «que han metido la pata en Gibraltar y quieren echarnos del mundo, ya que no de la historia».

¹²² Desde primeros de abril se establece una nueva sección que se denomina «Movimiento patriótico».

La suscripción nacional tiene escaso éxito en Valladolid que a fines de abril contaba sólo con tres suscriptores y desde *El Norte* se criticará duramente la forma de llevarla a cabo. Véase «Dos buenas noticias. Por decoro de todos», 28 de abril de 1898.

¹²³ «El ultimatum», 21 de abril de 1898.

¹²⁴ «Momentos supremos. Firmeza y calma», 23 de abril de 1898.

¹²⁵ «El bloqueo de Cuba. Consideraciones», 26 de abril de 1898.

la conocida derrota en Filipinas¹²⁶. Sin embargo, aún se procurará mantener un ápice de esperanza y se valorarán como buenas perspectivas la falta de noticias negativas, la ausencia de choques definitivos. Se confiará en el *vómito* como aliado para una victoria imposible: «Sin bañarse en optimismos de color de rosa -se afirma el 16 de junio- no hay quien dude que los soldados españoles y el vómito, al fin su aliado, serían excelentes argumentos para acreditar lo temerario de su empresa a nuestros improvisados conquistadores de Washington. ¡El tocino no ha sido nunca carne de los Hernán Cortés!». Se achaca al Gobierno el refreno del optimismo y se le responsabiliza de insuflar pesimismo y se mantiene esta actitud hasta la misma víspera del desastre de Santiago. Producido éste el conocido canto al heroísmo de los soldados y la crítica al Gobierno: «¡Lástima, lástima mil veces que al heroísmo de los que pelean no haya antecedido la previsión de los que debieran gobernar»¹²⁷. El despertar a la realidad es más cruel precisamente por negarse a verla con anterioridad. En cualquier caso ni una pañabla de autocrítica: «¡Ah! Parece que es la hora insoportable de la gran *debacle*. Obra de una serie de enormidades de todo género, es enorme también el resultado. Excede a cuanto pensarse pudo. Los imbéciles, los inútiles, los vejestorios, los politicastro, que en tal estado de defensa nos colocaron, deben estar horrorizados de sí mismos»¹²⁸.

Desastre, críticas al Gobierno y caridad popular

Si bien cuando el conflicto con Estados Unidos parece inevitable en la primavera de 1898 en el ambiente de exaltación patriótica en el que el enfrentamiento con un enemigo cuya superioridad se niega pero no se duda aparece como un respiro, una justificación para acabar con una situación como la guerra de Cuba a la que no se le ve salida, y en ese contexto se produce una actitud de cierre de filas en torno al Gobierno, muy pronto se tomará a una postura de crítica cada vez más dura. En los días previos al estallido de la guerra se denunciará el divorcio entre la opinión pública y el Ejecutivo: «Existe un profundo y doloroso divorcio entre el país y el Gobierno del señor Sagasta -se afirma el 13 de abril- (...). Resulta indiscutible que aquel ambiente primero de simpatía y de esperanza va desapareciendo por completo». Se critica la falta de decisión del Presidente del Consejo de Ministros, la represión del movimiento de exaltación patriótica y antiamericana, su actitud temporizadora ante Estados Unidos, su falta de previsión y programación de la guerra, insistiendo en que el remedio se consigue «con un programa, con una dirección, con una voluntad»¹²⁹. Se denuncia que la indecisión genera tal malestar interior que «la guerra es ya una necesidad». «Las cosas -se afirma el 14 de abril- han llegado a tal extremo

¹²⁶ «Los de siempre», 3 de mayo de 1898.

¹²⁷ «La lucha en torno a Santiago», 4 de julio de 1898.

¹²⁸ «Hacia el fin», 6 de julio de 1898.

¹²⁹ «Después del mensaje. Sin rumbo», 13 de abril de 1898.

que las amenazas de dentro son tan malas o peores que las de fuera»¹³⁰.

Tras el «glorioso desastre de Cavite» en Filipinas las críticas al Gobierno y la clase política arrecian: «Gobernantes imprevisores -se afirma el 4 de mayo-, políticos más duchos en las menudas artes del caciquismo interior que en las grandes empresas de patriotismo, nos han traído a este trance». Atribuir el desastre a la fatalidad es una afrenta al pueblo y una rueda más del inagotable molino del Sr. Sagasta. El Gobierno sería el responsable del pesimismo que embargaba a la opinión pública tras el desastre que por otro lado «no ha inspirado al Congreso actos viriles, arranques salvadores, acuerdos ni palabras que fortalezcan el espíritu», de tal forma que «lo que hoy se hace en las Cortes sólo sirve para descrédito del régimen, para regocijo de nuestros adversarios»¹³¹. Los parlamentarios, con contadas excepciones entre las que estaría el Sr. Gamazo, diputado por Medina y vinculado al periódico castellano, ahogarían el impulso patriótico que llegaba hasta al salón de sesiones, «pero allí desvaneciose bien pronto en los dislocados manoteos de un parlamentarismo bufo, que produciría risa si no diera ganas de llorar»¹³².

El Gobierno de Sagasta, «un Gabinete muerto, reconocidamente muerto», sería el causante de un pesimismo que no tendría base en la realidad. Son constantes las referencias a la falta de iniciativa, de voluntad, de fe en la victoria «de los que debieran ser cabeza del movimiento nacional»: «Raza enteca, desmedrada, enfermiza, la de nuestros políticos, sólo sirve para la burda labor del caciqueo, para la lucha ruin de encrucijadas en que se ganan o se pierden pingües prebendas»¹³³.

El blanco, el catalizador de todas las críticas, será Sagasta: «Muy bien le vendría a España un acorazado -se afirma el 28 de mayo-. Más que un acorazado, sin embargo, deseáramos un hombre que hablara hoy el lenguaje viril de las batallas; que no entibiara *deliberadamente* el ardor patriótico del pueblo y del ejército». Sagasta conocía la realidad de la desproporción de fuerzas que *El Norte* prefería ignorar.

Tras la capitulación de Santiago de Cuba se certifica la existencia del «torrente de indignación» que corre por el subsuelo del país frente a una situación de la que se hace responsables a los gobernantes y al mismo sistema: «Faltos de toda fe y de toda esperanza en los hombres que, debiendo gobernar, aún se preocupan más que de nada de las combinaciones políticas que surgirán del desastre -se afirma el siete de julio-; perdida la hermosa ilusión que nos alentaba, en tradiciones de gloria y mandatos de la dignidad profesional de aquellos que creíamos ver siempre antes cien veces muertos que 'sanos y salvos' prisioneros de los yanquis; sin rumbo los acontecimientos; sin vigor y sin patriotismo activo las clases superiores y sin su fiera y redentora espontaneidad las dirigidas, parece llegada la triste hora de la liquidación de todo un sistema y no ya de un pueblo, porque los pueblos son superiores a estas funestas torpezas de los hombres y España menos que ningún otro puede morir a

¹³⁰ «Malestar creciente. Necesidad de un término», 14 de abril de 1898.

¹³¹ «Notas de la guerra. Impresiones del día», 6 de mayo de 1898.

¹³² «Notas de la guerra. Impresiones del día», 13 de mayo de 1898.

¹³³ «Notas de la guerra. Impresiones del día», 28 de mayo de 1898.

manos de la depravada gestión de media docena de politicastros sin ideales, sin pudor y sin voluntad»¹³⁴.

El editorialista de *El Norte* se negará sistemáticamente a aceptar sin más la cruda realidad a medida que se va imponiendo su conocimiento. Se criticará la forma de la capitulación de Santiago: «Toda la opinión, que tiene fe ciega en los soldados y en los generales de su valiente ejército, demanda del Gobierno una explicación clara, precisa y terminante de las causas de lo ocurrido en Santiago. ¿Quién ha mandado que en la capitulación de la plaza se incluyera a toda la división que en ella tenía su capitalidad, pero a la que en modo alguno podía suponérsela sojuzgada por los yanquis»¹³⁵.

En julio se constata la dificultad de continuar una guerra en Filipinas sin escuadra, lejos de la metrópoli y se pide se ponga término de forma decorosa. La actitud de *El Norte* es cuando menos contradictoria. Tras el desastre de Cuba se sigue criticando al Gobierno por sus gestiones de paz invocando el honor del Ejército y de la patria: «Perseguir la paz a todo trance, no importándonos que sobre la frente de Agustín y sobre la de Toral y sobre la del mismo Blanco caigan ahora culpas que entendemos no han cometido, es sencillamente sacrificar a España primero y destruir de un golpe toda la gloria de su ejército después»¹³⁶. Se acabará rindiendo a la realidad y pidiendo la paz al precio que sea: «Empeño equivocado este de darle al país la cicuta en porciones homeopáticas, ha resultado ahora tan desastroso como lo fue siempre durante la campaña que terminó en Santiago de Cuba. Primero esperanzas, después temores, al fin desastres (...). Insistimos por tanto con mayor energía que nunca en la conveniencia de huir de ese archipiélago maldito (...). Cédase, véndase lo que la rapiña yanqui nos deje, pero no tentemos a la desgracia poniéndola en ocasión de asentarnos un último mandoble (...). Acabemos de una vez con la paz, y hágase ésta ya que no quedan en España hombres capaces de hacer valer nuestros derechos»¹³⁷.

Se exigirá firmeza al tratar la paz, insistiendo en que «importa también mucho que la deuda cubana, contratada en beneficio de la isla, no venga ahora a pesar únicamente sobre el pobre Tesoro nacional»¹³⁸. Se es escasamente consciente del peso real de España en la nueva situación, y se carga sobre el Gobierno el fracaso anunciado de las gestiones de paz: «Del mismo modo que hubo equivocación en las cosas de la guerra, la ha habido en las cosas de la paz, presentándonos a merced del enemigo mucho antes de que nos venciera; entablando, en fin, una prematura gestión que sólo ha servido para envalentonar a los yanquis (...). Así como fuimos a la guerra sin preparación, ignorantes de todo, iremos a la paz sin malicia, dispuestos a concertar

¹³⁴ «Notas de la guerra. Impresiones del día».

Tras la derrota se pedirá el cambio de Gobierno y particularmente de Sagasta, afirmando que «quien nos ha llevado a Sedán es cínicamente absurdo que suefte todavía con presumir de ser nuestro Thiers». «Un hombre», 15 de julio de 1898.

¹³⁵ «Las noticias de Santiago», 20 de julio de 1898.

¹³⁶ «La Paz», 20 de agosto de 1898.

¹³⁷ «El último desengaño», 30 de septiembre de 1898.

¹³⁸ «La pérdida de Cuba», 31 de julio de 1898.

hasta la luna»¹³⁹. Y en la misma clave se afirma el 27 de septiembre: «La comisión de la paz va a París a hacer esa paz y a resolver lo de la Deuda cubana. Pero si no consigue aquella por completo en lo que nos queda de Filipinas; si no logra que paguen en Cuba y Puerto Rico lo que por ellos se gastó España, ¿a qué van a París Montero Ríos y sus compañeros?»¹⁴⁰.

Se insistirá en la necesidad de trabajar para que la vinculación económica y cultural se mantenga tras la separación de Cuba de la soberanía española: «Pero la suerte de las armas no pudo barrer en un día la obra de cuatro siglos. En Cuba segregada de su metrópoli por la codicia yanqui, seguirán siendo durante muchos años españoles los capitales, las industrias, los pensamientos, las ideas de la población culta, gran parte de las manifestaciones, en suma, del espíritu moderno y gran parte también de los intereses que el trabajo ha creado. Ya que perdemos Cuba es necesario que esto se salve»¹⁴¹.

A medida que en el transcurso de las negociaciones de paz se compruebe el alto precio que ha de pagar España por la derrota las críticas se harán más duras y más amplias. Se critica la desinformación durante y tras la campaña¹⁴². Se exigirá la verdad de la realidad: «Con nada, en efecto -se afirma el 25 de agosto-, se sirve tanto ahora a la patria, como sirviendo a la verdad». Tributo a la verdad que no atañe sólo al Gobierno: «No es sólo el Gobierno el que en la esfera puramente política tiene que desposarse forzosamente con la verdad; es el ejército; es la marina; son los brazos varios de ese poder, hoy puramente nominal, que parece buscar la tolerancia ajena no más que en la propia debilidad para con todos»¹⁴³. Verdad que exige pedir responsabilidades a quienes las tuvieron en la campaña: «Hay que depurarlo todo, medirlo todo, juzgar al inocente y al culpable: si al primero, para compensar con algo de gloria la amargura de su fracaso; si al segundo para imponerle el castigo de su ineptitud». No se cuestiona el heroísmo del Ejército, pero se censura que las numerosas fuerzas y los ingentes medios económicos no conllevaran el triunfo sobre la insurrección, «claro es que la culpa la tuvieron los directores, el general y el Gobierno, Zutano o Mengano, que no supieron emplear bien el riquísimo tesoro de sangre heroica que en sus manos había depositado la nación».

La verdad exige una amplia responsabilidad que ahora ya abarca a un tema que hasta entonces se había obviado en gran medida: la situación del Ejército en Cuba: «En esa verdad que se busca no va envuelto sólo el juicio residencial de unos caudillos; va también, acoplada, patente, ineludible la obligación de conocer cómo se administró el caudal de la patria, cómo fueron tratados los héroes, para que averiguemos al fin por qué con 3.000 millones de pesetas gastados en la guerra vuelven aquellos casi desnudos, anémicos, con hambre, al seno de la patria que todo lo daba por sus

¹³⁹ «Notas de la guerra. Impresiones del día», 29 de julio de 1898.

¹⁴⁰ «La comisión de la paz».

¹⁴¹ «La pérdida de Cuba», 31 de julio de 1898.

¹⁴² «Silencio grave», 7 de septiembre de 1898.

¹⁴³ «La paz. Aprendamos», 25 de agosto de 1898.

soldados»¹⁴⁴.

Efectivamente, la derrota obliga a cambiar de actitud y abrir los ojos a una realidad, la de las pésimas condiciones del Ejército en Cuba, que antes se prefería ignorar. Todavía en marzo de ese año de 1898 se alababa la labor de la Cruz Roja en apoyo de los soldados repatriados que eran cuidados y alojados adecuadamente según *El Norte*¹⁴⁵.

Tras el desastre se propugna el apoyo popular a los que vuelven, la compasión y la caridad: «Salgamos, salgamos a recibir a los que vuelven -se pide el 10 de agosto del 98-; no han sido vencedores pero han sido héroes; vencidos y todo son dignos de más laureles y más gloria que el enemigo artero ante quien capitularon»¹⁴⁶. «Cuadro desolador -se escribe el 23 de ese mismo mes- presenta la estación al ver aquellos soldados valientes, sufridos, viva encarnación de la patria que nunca muere por muchas que sean las torpezas de las clases directoras; y sentir como propios todos los espectadores los escalofríos de la anemia, las crispaduras de nervios de los que se revuelven en los dolores de la fiebre amarilla, y el corazón se siente menos fuerte ante el peso de tanta desgracia y las lágrimas asoman a los ojos»¹⁴⁷. Las referencias al penoso estado en que vuelven muchos soldados se repiten en los comentarios que se recogen en una nueva sección titulada «Los repatriados» que se crea durante los meses de agosto y septiembre del 98 y donde se recogen las distintas manifestaciones de apoyo popular, suscripciones, actos benéficos, etc., protagonizadas fundamentalmente por las clases populares¹⁴⁸. El canto a la actitud popular hacia sus hijos que vuelven será el tema de uno de los dos únicos editoriales que *El Norte* dedica al problema¹⁴⁹. El otro se centrará en la crítica de la actitud de las autoridades que se desentienden del recibimiento y cuidado de estos soldados¹⁵⁰.

Poco a poco se irá alejando la atención a un tema que exigiría algo más que la conmiseración y la caridad por parte de quienes se habían beneficiado del sacrificio de los que ahora vuelven en tan penoso estado.

Amplia crítica y escasa autocrítica. Como mucho, apenas si se censura el haberse sumado al coro de los que pretendían fomentar el optimismo frente a los propagadores del pesimismo: «Pecadores todos, optimistas y pesimistas, hemos hecho todos a la patria un terrible mal, del cual pagaremos con creces las consecuencias». Aunque se reducirá el alcance del nefasto error cometido por la intención: «la de que los optimistas intentamos salvar al país anémico dándole mucho hierro»¹⁵¹.

Se critica y se denuncia la falta de interés del pueblo por la marcha de las

¹⁴⁴ «Alrededor de una verdad», 14 de septiembre de 1898.

¹⁴⁵ Con ocasión de la llegada de un tren con soldados repatriados procedente de La Coruña

¹⁴⁶ «Vencedores vencidos», 10 de agosto de 1898.

¹⁴⁷ «La repatriación y las Ferias».

¹⁴⁸ También aparecerán algunas referencias a repatriados pertenecientes a las provincias de Castilla la Vieja y León. Véase por ejemplo «Soldados de Castilla», 30 de agosto de 1898.

¹⁴⁹ «El sentimiento y la razón», 6 de septiembre de 1898.

¹⁵⁰ «Por el propio decoro. Los soldados que vuelven», 31 de agosto de 1898.

¹⁵¹ «Pesimistas y optimistas», 27 de julio de 1898.

negociaciones, la pasividad general, la resignación: «Aquí no ha pasado nada -se afirma el 8 de julio en la diaria sección de 'Notas de la guerra'-. Este país es el país bendito de la resignación, donde cada nueva catástrofe, cada nuevo desatino, arranca sólo un ¡ay! de dolor o un ¡oh! de sorpresa, sin que el espíritu sano brote con nuevas energías y se abra paso a través de inmundos lodazales. Puede decirse que ya no conocemos el verbo reaccionar». Sin embargo es preciso reaccionar, levantar el ánimo patrio con el recuerdo de las glorias pasadas y orientando hacia Africa la empresa colonial que se niega en otras tierras: «Pierda España sus barcos y sus marinos, pierda sus colonias, pierda su dinero, y aún, laborando en la gran obra de nuestra reconstitución, podremos ser grandes, con la grandeza moral de un pasado innarrable y con la grandeza territorial de esa Africa que invita a cumplir, como españoles y como cristianos, una misión providencial, que acaban de interrumpir en otras partes tagalos y filibusteros». La recuperación de la grandeza exterior exige regeneración en el interior; regeneración que ha de asentarse sobre nuevas bases sociales, sobre nuevas bases políticas, sobre nuevas personas: «No, no podemos edificar la nuestra, la casa de la España del porvenir, sobre esa frágil y pisoteada arena de la política presente (...). Hay que iniciar la obra de la nación nueva en las aulas, en el taller, en las minas, en los campos, en las calles. No saldrá de los viejos ministerios, ni del Salón de Conferencias. Menos de ese infatigable enterrador de prestigios, de ilusiones y de fuerzas. La opinión hoy dormida debe despertar y despertará seguramente»¹⁵².

En resumen, *El Norte de Castilla* aborda la guerra de 1895 a 1898 desde la perspectiva de la legítima e incuestionable soberanía de España sobre la Isla. Para los intereses que representa este periódico castellano la soberanía no es negociable. Desde este punto de vista *El Norte de Castilla* se incorpora al movimiento de exaltación patriótica que obvia un análisis desapasionado de la realidad de la situación en la colonia antillana y las distintas opciones ante el hecho cada vez más incuestionable de la corriente independentista y las aspiraciones de Estados Unidos. Faltará por tanto un tratamiento mínimamente equilibrado de las posiciones de los independentistas y tampoco se dedicará una atención más que coyuntural, o cuando a la situación no se le vea otra salida, en cuanto a los distintos proyectos de propuestas autonómicas para la Isla, que siempre se vieron como atentatorios contra los intereses económicos de los propietarios castellanos a los que está vinculado este periódico castellano.

La exaltación patriótica conduce a un optimismo que no tiene base en la realidad e ignora asimismo, interesadamente, y pretende enmascarar, la flagrante injusticia que se produce en la contribución social al esfuerzo bélico. La falta de resultados positivos y el desastre final serán achacados a la gestión de los distintos Gobiernos.

A pesar de los planteamientos de quienes ven el conflicto desde posición resguardada en cuanto a contribución humana e incluso obtienen beneficios econó-

¹⁵² «El enterrador», 9 de julio de 1898.

nicos, no creemos que la exaltación patriótica de la que hace gala *El Norte de Castilla* contribuyera a nutrir con castellanos las filas de un Ejército del que los que pueden librarse mediante la sustitución y la redención lo hacen sin escrúpulos patrióticos.

En contraste, un nutrido grupo de castellanos, residentes en Cuba y también soldados del Ejército español, se incorporarán a las filas de los independentistas cubanos, tan vilipendiados y vejados por el periódico vallisoletano.